

Jorge Casesmeiro Roger

El túnel de Hitler



Unión Editorial
2021

© 2020 Jorge Casesmeiro Roger
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 • local • 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-825-1
Depósito legal: M-228-2021

Compuesto e impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Imagen de la cubierta:
«Der Tunnel», ilustración de Sergio Casesmeiro Roger

Printed in Spain • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*El tren corría a tal velocidad
que parecía estar inmóvil.*

BERNHARD KELLERMANN

Índice

EXORDIO	11
---------------	----

I

El lector	15
Primavera	17
El escararate	21
El mapa	25
Recuerdo de K.	29
Mozo de mulas	33
Excursión	35
Canción de otoño	39
Nieve derretida	43

II

Bajo arresto	49
La carta	53
Audiencia en S.	57
Cabello suelto	59
Ojos de <i>alanito</i>	63
El otro lienzo	67
Premonición	71
Tormenta de verano	75
Redención	77

ADENDA	81
--------------	----

Exordio

El túnel fue una de las novelas más populares del primer tercio del siglo XX, siendo adaptada cuatro veces a la gran pantalla en Alemania, Francia e Inglaterra entre 1915 y 1935. Narra los avatares de la prodigiosa construcción de un túnel transatlántico entre Europa y América. Considerada como la ópera magna de Bernhard Kellermann, el libro vio la luz en abril de 1913. Adolf Hitler llegó a Múnich un mes después, procedente de Viena, con el propósito de abrirse camino como pintor arquitectónico. Tenía veinticuatro años. Lector compulsivo desde la adolescencia y ávido consumidor de periódicos, Hitler debió sentirse atraído por el poderoso tema y el mundial éxito de *El túnel*, que en octubre había tirado ya cien mil ejemplares. Es por entonces cuando debió leerla, convirtiéndose en uno de los libros que más grandemente le impresionaron durante su juventud; como él mismo contó en numerosas ocasiones a su arquitecto de cabecera, y ministro de armamento, Albert Speer.

La estancia muniquesa de Hitler, desde la primavera de 1913 al verano de 1914, fue la etapa más apacible su vida. Quince meses de aparente sosiego, que pasó como acuarelista de costumbres y ratón de biblioteca, entre la frustrada bohemia de su iniciación vienesa y la prueba de fuego de la Gran Guerra, antesala de su vida política. *El túnel de Hitler* narra este pequeño intervalo, no exento de sobresalto y saturado de una reveladora hiperactividad subterránea. La mente del joven

lector a través de la novela que le tiene asombrado. Una novela épica y trepidante que le arrastra como un tren de carga, con el estruendo de una tuneladora, por las abisales galerías de su destino. Para mostrar esto he utilizado amplios párrafos de la pionera traducción española de la novela de Kellermann. También he tomado algunos fragmentos de relevantes biografías de Hitler. De todo ello doy cuenta en la Adenda que sigue al relato, ya que en este he batido los grumos para que el ojo se deslice sobre sus páginas como por una acuarela.

Jorge Casesmeiro Roger
Madrid, a 17 de agosto de 2020

I

El lector

Buhardilla de una pensión del barrio pobre. Alta madrugada. Un joven está leyendo en la cama, a la luz de una lámpara de petróleo. En la mesita de noche hay lápices y un cuaderno abierto con bocetos de urbanismo. A su pie columnas de libros, almanaques y periódicos se apilan desordenadamente junto a varias carpetas y material de pintura. Sobre el cabecero una pequeña acuarela sin enmarcar, tamaño postal, muestra una recoleta y ajardinada casita blanca; un idílico y detallista paisaje que contrasta con la grisalla del destartado dormitorio. El joven está totalmente concentrado en la novela que acaba de empezar. Su compañero de cuarto, molesto por la luz, se revuelve y gruñe desde su catre; y no por vez primera. Pero esto al lector no parece preocuparle. Quizá porque está demasiado lejos para enterarse. En verdad, ahora mismo está en el concierto de inauguración del Palacio Musical del Madison Square Garden, junto a toda la opulencia de la Quinta Avenida, de Boston, de Filadelfia, Búfalo y Chicago. Sí, ahí está él, en medio de la suntuosa y gigantesca sala de conciertos. Los blancos hombros de las damas, y el destello de los brillantes en sus cuellos y sus senos escotados, chisporrotean sobre el fondo de oro y laca roja de la decoración. Un penetrante y untuoso recital de perfumes se mezcla con el barniz, el yeso y el óleo de los murales. Los abanicos vibran sin descanso, y los artesonados y galerías brillan a la luz de un estrellado sin fin de arañas y lámparas incandescentes.

El lector imagina la vista, el monstruoso tamaño de la sala, el piso semicircular de palcos. Pero nada de esto le impresiona esta noche. Solo una cosa cautiva su atención mientras la música de los viejos maestros azota a esa novísima y pomposa sociedad. El director de la orquesta. El más famoso de los compositores vivos. Y echado un poco hacia delante observa al hombre armado con la batuta. Ese alemán flaco, estrecho de hombros, y de porte distinguido, es para él un completo enigma. Ya su aspecto le resulta extraordinario: su cabeza, de nariz ganchuda, ojos diminutos y vivos, apretados labios y ralos cabellos peinados hacia atrás, le hacen pensar en un buitre. Parece no tener más que hueso y pellejo y ser todo nervios. Pero se mantiene tranquilo en medio del caos de voces y ruidos y le impone una ley, según su albedrío, con cada seña de sus manos blancas y débiles. El joven lector lo admira como a un hechicero, sin tratar de conocer su poderío y sus secretos. Ese hombre aparenta pertenecer a un tiempo remoto, a una raza especial, incomprensible y extraña, próxima a extinguirse. En ese preciso instante, el flaco director tiende sus brazos hacia lo alto y los agita como un loco. De pronto, en sus manos parece residir una energía sobrehumana, y en la orquesta se desencadena un bramido furioso que enmudece de repente. Un alud de aplausos rueda por la sala del inmenso recinto.

El lector suspira, como aliviado de un peso, y se relaja sobre el cabecero con el libro en las manos sobre las piernas. Por la ventana abierta siente el rocío de la primavera. Su compañero ya no se mueve y respira profundamente. Dentro de poco saldrá a buscar empleo y él podrá dormir a pierna suelta hasta media mañana. El joven deja el libro en la mesilla y se tumba en la cama. Mantenerse tranquilo en medio del caos e imponerle una ley, piensa mientras se mira las manos, cuya sombra se proyecta en el techo.

Primavera

Llega a Múnich un delicioso domingo de finales de mayo. Con una pequeña maleta negra y un traje nuevo. Tiene veinticuatro años y acaba de cobrar la última cuota de la herencia de su padre. ¡Una ciudad alemana, Häusler!, dice a su compañero de viaje al salir de la Estación Central: ¡Ya verás qué diferencia con Viena! El otro, cuatro años menor, sigue la corriente de su impetuoso colega y juntos estrenan paseo por la fecunda capital bávara. El joven admira y comenta emocionado las elíseas maravillas que les van saliendo al paso, revelando a su complaciente amigo los esponsales que contraen la fuerza primitiva elemental con el delicado temple artístico de la línea que va del Hofbrähaus al Odeón, y del Oktoberfest hasta la Pinacoteca. Sentados frente a esta última, reposando a la sombra, el joven saca un cuaderno y sigue exaltando la superioridad de los clásicos mientras aboceta la fachada. Su acompañante le observa con callado asentimiento, como a un padrino o a un hermano mayor. ¡Múnich es nuestro genuino centro artístico! ¡Es la Atenas, la Florencia de Alemania!, estalla el joven enfervorizado. Y no precisamente por esos microbios del Schwabing, que se hacen llamar la vanguardia del arte moderno. Lo bello y lo sublime sigue estando donde siempre, amigo mío, en la Wittelsbach, en los Propileos, en el delicioso logro de esta alta Pinacoteca. ¡Es inimaginable lo que esta ciudad le debe a Luis I!

A media tarde, ambos vuelven sobre sus pasos y se dan un pequeño homenaje en el Hofbrähaus, que coronan con café y

berlinesas. Luego, mientras Häusler se amodorra sobre la mesa, él toma otro café con más pasteles de crema y echa un vistazo a los periódicos. Al ver la fecha del día estampada en letras de molde recuerda que acaba de conmemorarse el centenario de su idolatrado Richard Wagner. Sobrevuela las miserias de la política y se detiene en las páginas culturales. Tras la sobremesa, los viajeros reanudan su marcha en busca de alojamiento. Por el camino, el joven vuelve a romantizar ante Häusler sobre la estética múniquesa, y elogia la anchurosa monumentalidad de la Ludwigstrasse mientras ambos van adentrándose en la estrechez de un distrito humilde del norte, al borde del bohemio Schwabing, no lejos de las barracas de la zona de los cuarteles. Al pasar por el número treinta y cuatro de la Schleisheimerstrasse leen en la puerta: Habitaciones amuebladas en alquiler para caballeros respetables.

El dormitorio, vivienda de un sastre de la zona, está en una tercera planta a la que se accede por una apretada escalerita. Es un cuchitril, pero tiene una mesa que le servirá de escritorio y es mucho mejor que el albergue para deshauciados de Viena. Por otro lado la casera, la esposa del sastre, parece de ley. Así que pagan el depósito, se registra como pintor arquitectónico y sueltan las maletas. Intuye que su estancia en Múnich va a convertirse en la etapa más tranquila y feliz de su juventud. Sí, medita, pertenezco a esta ciudad más que a cualquier otra parte de la tierra. Häusler está cansado y se prepara para dormir. También él se arrellana en su catre, se saca del bolsillo un recorte de periódico y tras desdoblarlo lee la crítica de un bombazo editorial que le tiene hipnotizado. La historia de esa nueva novela le fascina. Va sobre un ingeniero que embarca al mundo entero en la realización de su visionario proyecto. Una obra revolucionaria a escala global. La construcción más colosal jamás acometida por el hombre. Un túnel transatlántico entre Europa y América. El joven deja

vagar su imaginación por la gran avenida de los sueños. También él tiene planes. Múnich, por ejemplo, es ciertamente bella, ¡pero él podría hacerla más gloriosa todavía!

Häusler se gira para pedirle que apague la luz, pero al verle desiste. Reconoce el ensimismamiento volcánico de su temperamental compañero. Cuando está así es mejor no molestarle; en realidad, lo mejor es no molestarle nunca. ¿Qué le pasaba esta mañana? ¿Con qué ansia subió al tren! ¿Y cómo suspiró cuando cruzamos la frontera! Tenía más prisa por salir de Viena que ilusión por llegar a Múnich. Cualquiera diría que huía de algo.